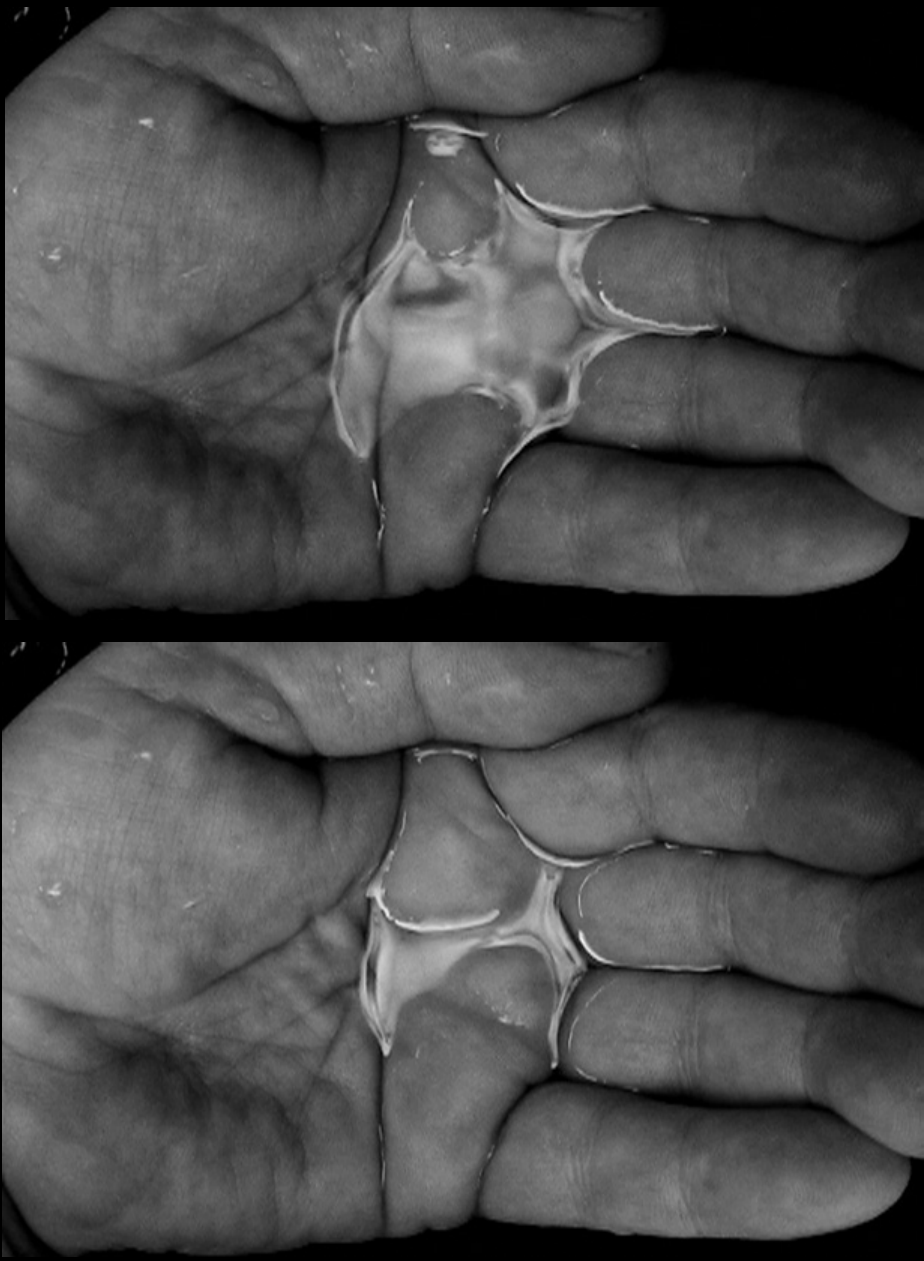


# «LA VERDAD Y SUS EFECTOS»

---





© Óscar Muñoz. *Línea de destino (Detalle)*. Video monocanal, loop, sin sonido. 2006. Dimensiones variables.

# Editorial

---

Fieles a nuestra tradición de proponer para cada número de *Desde el Jardín de Freud* una pregunta que movilice el deseo de los lectores y amigos de la revista, y que aporte tanto al avance del pensamiento psicoanalítico como a la comprensión del sujeto y de los lazos sociales contemporáneos, el número 16 que hoy presentamos giró en torno a la cuestión de *la verdad y sus efectos*.

Esta pregunta es pertinente para la clínica porque el sujeto que sufre, una vez instalado en el dispositivo de la cura, de uno u otro modo intuye que su sufrimiento tiene relación con la verdad, que su síntoma se articula con ella y que esta lo traiciona al surgir en un momento, un lugar y un decir inesperados, y ante un oyente aparentemente equivocado. Incluso, si quisiera apelar al engaño o a la mentira, habrá de sorprenderse de que esta también transporte una verdad. Errado o no, el sujeto asume su experiencia clínica con la verdad como horizonte de su búsqueda y clave para transformar su sufrimiento, aunque al tiempo no quiera saber nada de ella. A la vez, asocia los efectos de la cura con los efectos de la verdad. Quizá por esto Lacan planteaba que “si se elimina radicalmente la dimensión de la verdad, toda interpretación no es más que sugestión”.

Por otro lado, la pregunta nos atañe directamente hoy a los colombianos, quienes asistimos expectantes a los avances de unos diálogos que buscan poner fin a un conflicto armado de más de cincuenta años. Más allá de los temas de la justicia y la reparación, la verdad comienza a perfilarse como la cuestión central, una verdad que trascienda el saber, siempre necesario, pero insuficiente, aún si se dispone de una cantidad enorme de enunciados, datos, cifras, descripciones y hasta de testimonios; será insuficiente mientras no cuente con la dimensión de la verdad, con el apoyo de un acto de enunciación que implique al sujeto.

El problema de la verdad y sus efectos está planteado desde los albores del psicoanálisis, en aquellas jornadas en las que Freud se quejaba de no poder creer más en su “neurótica”. ¿Cómo guiarse entonces en la cura? ¡Desilusión fecunda!... pues le permitió descubrir la inexistencia en el inconsciente de un “signo de realidad”, de manera que no es posible “distinguir la verdad de la ficción investida con afecto”, tal

como lo consignó en su famosa carta a Fliess. Neurótica que sufre y se queja de su padecer, realidad, ficción, mentira... Quedaron así, dispuestas sobre la mesa, las cartas fundamentales con las cuales se adelantará la partida de la verdad.

Para comenzar, podemos preguntarnos si en el análisis se trata de verdad o de realidad, si de “verdad material” o de “verdad histórico-vivencial” (términos utilizados por Freud con sentidos diferentes), si de “realidad material” o de “realidad psíquica”. Además, ¿acaso esa “realidad material” tiene alguna existencia al margen del dicho mediante el cual el sujeto podría imprimirle valor de hecho?

Como se ve, en ese momento inaugural, tan prolífico, Freud introducía ya el problema del amarre de la verdad con la ficción, e incluso con la mentira, aquella primera mentira que descubría con sorpresa: la *proton pseudos*. Muy pronto incursionará en el asunto de la discordia entre lo exacto y lo verdadero, al que se sumará más tarde, en su trabajo sobre Moisés, el de la distancia entre la verdad y lo verosímil.

Llegados a este punto surgen otras preguntas, por ejemplo, si la verdad del sujeto puede atribuírsele al trauma o al fantasma, y cómo juega el síntoma en ello. Incluso podemos interrogar si le pertenece al sujeto o si acaso le es ajena; si es un lugar, un acto o un efecto, si está, más bien, del lado del objeto, o si es, tal vez... mera entelequia. Podemos, además, cuestionar sus relaciones con el saber, con la mujer, con la sexualidad y con el goce. Ya a esta altura nos asalta la duda de si, como en el caso de Roma, todos los caminos conducen a ella; empero, para esta convocatoria quisimos que no se perdiera de vista la cuestión de sus efectos, tanto en la clínica como en el lazo social.

Ya desde su trabajo sobre el chiste, Freud se interrogaba por “las condiciones de la verdad”, preguntándose en dónde residía, si en el dicho o en el decir, y al tiempo se cuestionaba por sus dimensiones sociales: por su lugar en el discurso, podríamos agregar, tomando tan solo una de las numerosas observaciones de Lacan al respecto.

Antes de otorgarle a la verdad el espacio privilegiado que le dio en su concepción sobre los discursos, Lacan había recorrido ya un largo camino en su búsqueda. Se trató para él de una preocupación constante, que siempre lo acompañó, que tematizó de una y otra forma, como si cada vez agregara una renovada vuelta de tuerca. Durante toda su obra, desde sus primeros trabajos hasta los últimos, y con diversas ópticas, le siguió la pista a esa presa: la ubicó primero en la palabra plena, pero una vez abandonó esta concepción trató de situar su condición, y la determinó en el lugar del Otro, que sería su único garante. Sin embargo, pronto precisó que, aun si ese fuera su lugar, la verdad no tiene aval, pues el lugar del Otro es un lugar agujereado. Finalmente, todavía con respecto al lugar, le concedió uno en cada una de las diferentes formas del discurso o del lazo social. Si al término de su vida pareciera estar desilusionado de la verdad,

cejar en su empeño y soltar la caza, cuando, por ejemplo, en el seminario 24 propone, mediante un juego de condensación de dos palabras, “abrirse a la dimensión de la verdad como *varité*”, nos parece que no solo no la suelta, sino que la aterriza... al pie de la letra: “es en tanto que una interpretación justa extingue un síntoma, que la verdad se especifica por ser poética”, dirá entonces. Vemos así cómo hasta el final sostendrá su empeño en preguntarse por los efectos de la verdad en su manifestación clínica, por su relación con el síntoma y por la intervención analítica.

Por otra parte, en la misma senda pero con la mira puesta en el intento de buscar salidas no tan cruentas a las manifestaciones del conflicto en lo social, y en la perspectiva de lo que nos toca a cada uno en este asunto, nos vienen bien las reflexiones de Lacan sobre el dilema de los prisioneros y su afirmación en *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*: “si bien en esta carrera tras la verdad no se está sino solo, si bien no se es todos cuando se toca lo verdadero, ninguno sin embargo lo toca sino por los otros”.

Para apuntar en esa dirección y escuchar el afán y los efectos de la verdad en la voz de los dolientes del conflicto armado en nuestro país, nos dimos a la tarea de seleccionar, con destino a este número de la revista, un conjunto de fragmentos de sus testimonios. Al revisar el resultado de esta búsqueda constatamos que, sin que hubiese respondido a una intención premeditada, todos los testimonios, salvo uno de un joven, correspondieron a mujeres, y en su gran mayoría a víctimas de los paramilitares. La preeminencia de las mujeres en estos casos, de seguro obedece a múltiples causas, dentro de las cuales no deja de resonar la asociación que en varias oportunidades sostuvo Lacan, entre la mujer y la verdad. Invitamos a los lectores a la lectura de estas enunciaciones, así como a la de algunos documentos asociados con esta situación.

Con relación a la antología, en la que siempre reunimos textos de poesía, literatura, ensayo y filosofía, concernientes al tema en cuestión, debemos aclarar que la ausencia de esta última no obedece, como es obvio, a la falta de aportes al respecto, sino, paradójicamente, a todo lo contrario: el de la verdad ha sido un tema ampliamente trabajado por los filósofos desde múltiples perspectivas, todas susceptibles de diálogos con el psicoanálisis. La indagación nos imponía publicar fragmentos, no tan cortos, de las obras de Nietzsche, Heidegger, Gadamer, Ricoeur y Foucault, entre los más destacados; trabajos que reunidos excedían en muchos el límite de la antología. Por esta razón, y dado que algunos de los artículos seleccionados para este número incluyen ya un intercambio con estos filósofos, nos autorizamos a prescindir de sus textos, presentes ya de otro modo. Hay que anotar que lo mismo nos ocurrió con la selección de apartados de las obras de Freud y de Lacan sobre esta materia. Como ya lo anotábamos arriba, la cantidad de elaboraciones de Lacan sobre el tema de la

verdad a lo largo de toda su obra, es muy amplia, interesante y variada para escoger solo unas pocas referencias.

Como en la labor de señalar la verdad los artistas siempre nos llevan la delantera y nos prestan auxilio, en esta ocasión invitamos a Óscar Muñoz, uno de los más destacados artistas plásticos contemporáneos. Su obra, sutil y contundente, concierne a la revelación de verdades tan efímeras y volátiles como doloras y perseverantes, como las de los desaparecidos que, justamente por serlo, persisten; como la de la mancha que, oculta, sostiene secretamente la imagen de Narciso, o como la de nuestro aliento que puede hacer aparecer la imagen hasta entonces desaparecida del otro. El comentario sobre la obra de Óscar Muñoz que incluimos en este número estuvo a cargo del poeta Santiago Mutis Durán. A estos dos artistas va nuestro público agradecimiento.

Finalmente, los invitamos también a leer, en el último apartado de la revista, la *Declaración sobre los índices de citación y las prácticas editoriales*, documento que suscribimos junto con más de cien revistas de literatura, artes y ciencias humanas, cuyo propósito es manifestar nuestra “inconformidad frente a las formas predominantes de medición de la calidad académica de las publicaciones que, en primer lugar, privilegian criterios administrativos y cuantitativos sobre los contenidos y, en segundo lugar, tienden a ignorar las prácticas académicas propias de las humanidades, que son diferentes a las de las ciencias exactas y aplicadas”, como podrá leerse, y que junto con otras formas de burocratización buscan reducir el saber a mercancía transable y escamotear definitivamente lo que pueda concernir a la verdad.

MARIO BERNARDO FIGUEROA MUÑOZ  
DIRECTOR Y EDITOR